

CAPITULO CI.

En que se prosigue la jornada que Francisco Coronado y su ejército hicieron para Tzibola y de la población que Francisco de Ibarra, gobernador de la Nueva Vizcaya, hizo en ella.

Año de
1540.

Salió el ejército de este pueblo al de Petlatlán, de quien hemos hablado atrás, y de allí pasaron á la provincia de Tzinaloa, á donde, andando el tiempo, fué el capitán Francisco de Ibarra, por nombramiento que hizo en él el virrey D. Luis de Velasco, de gobernador, capitán general y conquistador de lo que descubriese y conquistase, el cual puso por nombre á esta tierra la Nueva Vizcaya, y corrió mucha tierra y pobló las minas de Chiametla y la villa de San Sebastián en aquella comarca, y otra en una linda ribera, á quien puso por nombre Guadiana, y la del Nombre de Dios, sobre que hubo diferencia. Este nombre le pusieron á este lugar los PP. Fr. Pedro de Espinareda, sacerdote, y Fr. Cintos, de San Francisco, religioso lego, y fundaron aquel convento, porque cuando estos benditos padres se vieron en aquel puesto, que era la cosa que más deseaban, por verse entre infieles á quienes buscaban para convertirlos, hincados de rodillas y besando la tierra dijeron, que aquella era su madre y que allí habían de morir por Jesucristo, convirtiendo á su fé los enemigos de ella, y cuando comenzaron á dar noticia del santísimo nombre de Dios, nuestro Redentor, dijeron: "Comencemos esta obra en el nombre de Dios," y desde entonces se le quedó á aquel lugar este santo nombre, y haciéndose villa, después le conservó.

Otra villa pobló en la provincia de Tzinaloa, y aunque por guerra de los indios se despobló, se ha tornado á poblar y está hoy en pié. Fué Francisco de Ibarra y los que con él iban, por esta provincia de Tzinaloa hacia la mano derecha del ca-

mino que llevó Francisco Vásquez Coronado, y atravesando la sierra, fué á dar en unos grandes llanos que confinan ó confrontan con los de las Vacas, y hallaron allí un pueblo despoblado, de casas de altos, que decían llamarse de Paquemí, y mostraban haberse fundido en él metales, y de esta fundición tuvo noticia Nuño de Guzmán, y la tuvo Francisco Vásquez Coronado; pero en todo lo que se anduvo y ha andado, nunca se vió tal, y si fué la de este pueblo fundición, puede ser haber llegado á aquel paraje algunos indios mexicanos y haber fundido allí algunos metales, porque estos indios corren muchas tierras.

No juzgaron los que vieron el pueblo, haber mucho tiempo que se despobló, según parecía que debió de ser por guerras ú otros sucesos, y por no saber hallarían adelante bastimento y ir el ejército falto de él, dieron la vuelta: que si en aquel tiempo se tuviera la noticia que después se tuvo, pudieran por él ir á poblarlo y conquistarlo.

De esta provincia de Tzinaloa partió el campo de Francisco Vásquez Coronado y llegó al río que llaman de Yaquimí, y hasta aquí llegaron los puercos que se llevaban para sustento de ejército, ó si se poblase, que no pasaron más adelante; y el otro ganado de carneros y vacas fué caminando toda la tierra muy bien que el campo anduvo.

CAPITULO CII.

En que se trata cómo el ejército llegó á Tzibola y no les contentó la tierra, pareciéndoles ser menos que lo que se había divulgado.

Año de
1540.

De este río de Yaquimí pasó el campo sin verse otra población hasta el valle de los Corazones que, como se ha dicho, se

le puso así el nombre por los tres cacaxtles llenos de ellos que se dieron á Dorantes, Cabeza de Vaca, Castillo y Maldonado, que vinieron á salir en la peregrinación que trajeron de la Florida á este pueblo, y adelante, diez ó doce leguas, está una provincia que se llama de Sonora, á quien los nuestros, corrompiendo el vocablo, llaman Señora; y en ella y en este pueblo de los Corazones aguardó el campo al general, que desde Culiacán se adelantó con ochenta hombres de á caballo y bien apercebido para descubrir con brevedad el camino y ver lo que había por delante, y si había comida para el ejército, porque no pasase riesgo, y mirar á donde conviniese proveerse de ella, dejando ordenado al campo que le fuese siguiendo poco á poco; y él fué discurriendo por las partes dichas, y en el valle de Señora recojió poco bastimento, por no detenerse, y de allí fué y pasó un portezuelo no áspero, que se llamó de Chichilticali, por una casa que estaba en él embarrada de tierra colorada ó almagre, y aquí se hallaron pinos con piñas de piñones muy buenos, y pasando más adelante, en una grande barranca se hallaron unos cuernos de carnero encima de unas peñas, que entrambos tenían una gran braza de largo, y apartándose del camino hacía las sierras, hallaron algunos pueblezuelos orillas de los arroyos, las casas hechas de estera ó petate, y los que las habitaban vestidos de cueros de venado y de estos carneros de cuernos grandes.

Algunos de los que fueron á esta jornada, dijeron haber visto tres ó cuatro de aquellos carneros, y que con aquellos cuernos tan grandes huían y corrían mucho por tierra llana y se encaramaban en las peñas, y de esotra parte de Tzíbola se vieron también hacia la gran barranca de que adelante se dará relación.

Otros que han entrado la tierra adentro por la parte de los tzacatecos, dijeron también haber visto de estos carneros, y Marco Polo Veneciano, en el libro que escribió de las muchas tierras y cosas que vió en el Catay, que es la Tartaria, dice haber allí de estos carneros, y que los vió. Por todas estas tierras, pues, pasó el general que, como se ha dicho, se adelantó

y las anduvo con la mayor priesa que pudo, porque les comenzó á faltar la comida, y de esta falta sucedió que un peon de los que fueron con él, que algunos tenían caballos, halló unas raíces que le parecieron á manera de navos; comió dos ó tres de ellos, y fueron tan ponzoñosos que, sin poderlo remediar, murió, y le dejaron enterrado en donde aquella noche se habían alojado, y cuando pasó el otro campo, que iba detrás, hallaron que coyotes ó zorras lo habían desenterrado y roído los huesos.

Y á unos pobres indios, que por no poder tener con el ejército, se quedaron atrás y no llevaban ya cosas que poder comer, les deparó Dios un caballo que se había quedado cansado, y no atreviéndose á matarle, porque tampoco llevaban cuchillo ni otra cosa, le ataron á un árbol de piés y manos, y cargándole de leña, le pusieron fuego, quemándole vivo, y medio asado y chamuscado les sustentó hasta llegar á Tzíbola.

El general, dándose la mayor prisa que pudo, llegó á Tzíbola y vió que era un pueblo repartido en dos barrios, uno que estaba en un altillo, y otro en la falda que hacía un llano, y que tenían las casas de tres y cuatro altos, y estaban como cercados, de manera que hacían al pueblo redondo, unas casas junto á otras y todas las puertas hacia dentro, dejando una ó dos entradas y salidas á él, y en medio un gran patio, y en la mitad de este patio, debajo de tierra, tenían una gran sala cubierta con unas grandes vigas de pino y encima mucha tierra, y por arriba una portañuela á manera de las de los navíos, y puestas por escalera dos grandes vigas, y en el suelo un fogón pequeño, y las paredes y todo muy bruñido y encalado; y allí se están ellos todos los días y noches jugando, y las mujeres están en las casas, haciendo las comidas, y se las llevan allí. Este es el orden de todos aquellos pueblos, que por toda aquella tierra vieron.

Llegando, pues, el general y los que con él iban, de estos dos barrios les salieron hasta doscientos indios haciendo rayas y señales que no pasasen adelante, sino que se volviesen, y llamándolos el general de paz, y haciendo señas, y dando

muestras de amistad, se detuvieron parte del día, y viendo que no querían, sino que se venían allegando, tirando flechas con gran grita, se dió seña de rompimiento con ellos, y llamando al patrón de los españoles, Santiago, aunque los caballos iban flacos, se arremetió con fuerza y furor, y rompieron alanceando y atropellando hasta veinte ó treinta, y los demás echaron á huir, y se encastillaron en los barrios, y allí los llamaron y se les ofreció la paz y amistad, mas ellos de noche desampararon el pueblo, y se fueron huyendo con todo lo que tenían, excepto maiz, frijoles y calabazas, que no se pudieron llevar, con que se abastecieron los nuestros de comida y se aposentaron en los dos barrios poniendo sus velas, y con mucho recato invernarón allí aquel invierno, que es casi como el de España, y llueve muy poco, y nieva todos los años al mismo tiempo que por allá. No vieron frutas ningunas, y tienen gallinas de la tierra, y mucha caza, y las matas de maiz son bajas y aparradas, y dan mazorcas crecidas y de muchos granos, y el grano grueso, y parece que no puede haber en aquella tierra hambre, porque el maiz no se pudre y tienen trojes de uno, dos, tres años y más.

Habiéndose el general y su gente aposentado en los dichos dos barrios, procuró saber y tener noticia de todas las cosas que había en aquellas partes y tierras, pareciéndole cosa de burla las grandezas que la fama publicaba de aquella tierra, y envió á llamar y aseguró otros seis pueblos que había en aquella provincia, y fueron siete con el primero, de que debió de tomar nombre de las Siete Ciudades, y la mayor noticia que se tuvo fué que á ocho soles de allí, había una provincia grande y de mucha gente, y bastimento, que se llamaba de Tiguex, y que más adelante había unos grandes llanos llenos de muchas vacas, aunque eran de otra suerte. De aquí se despachó á llamar el campo, que había quedado atrás en el pueblo de los Corazones y provincia de Señora, donde habían hallado y tenido á pasto de comida maiz, frijoles y unas tunas de las blancas y olorosas, y en la cordillera por donde salieron Cabeza de Vaca y Maldonado, y de allí adelante, no se hallaron más tunas, y envió á

mandar que en aquella parte dejasen poblada una villa, y envió de allí al capitán Melchor Díaz, vecino de Culiacán, para que quedase por alcalde mayor y capitán de aquella población, y que con la mitad de sesenta hombres que se mandaron quedar allí, fuese á descubrir la mar hacia aquella parte, y los pueblos que hubiese y los puertos, y saber de tres navíos que por mar envió el visorrey, en que fué por general el capitán Hernando de Alarcón, para más presto saber nuevas y proveer lo que conviniese, y se escribió á México todo lo hasta allí visto y hecho, para que de aquella población se despachasen las cartas, porque algunas historias dicen que el P. Fr. Marcos de Niza dió vuelta para México y persuadió al virrey D. Antonio de Mendoza enviase los dichos navíos por la mar del Sur con prevención de armas, municiones y bastimento, porque las tierras de Tzíbola caían en la comarca de la costa del Sur, con que sería ayudado Francisco Vásquez y sus soldados, y que esta es la causa porque el virrey envió los navíos y por capitán general al dicho Hernando de Alarcón, su naestresala, y por capitán de un navío á Marcos Ruiz de Rojas, y del otro fulano Maldonado.

Por lo dicho hasta aquí, se conocerá el yerro del P. Claudio Clemente de la compañía de Jesús, en su Tabla Cronológica, que dice que este año descubrió el Nuevo México Pánfilo de Narvaez, faltando á la verdad y á las noticias que debe tener un historiador, porque Pánfilo de Narvaez, como se ha dicho en esta historia, ya había perecido con los suyos, y sólo escaparon Dorantes, Cabeza de Vaca, Maldonado y el negro Estebanillo muchos años había, cuando se descubrió el Nuevo México por los religiosos arriba nombrados, y en este año, en que fué Francisco Vásquez Coronado á él en la Florida.

Proveyóse también que el capitán D. García López de Cárdenas fuese con treinta hombres á descubrir la tierra por la parte de abajo del pueblo de Tzíbola, y ver lo que había en ella.

Dejémoslos aquí hasta el año siguiente, en el cual volveremos á tratar su historia, y volvamos á lo de la Galicia á ver lo

que el teniente de gobernador Cristóbal de Oñate en este año hizo en ella, y de lo que sucedió, que es mucho de notar.

CAPITULO CIII.

En que se trata del gobierno del capitán Cristóbal de Oñate, desde que el Lic. Diego Pérez de la Torre le nombró por gobernador, y de lo que en ausencia de Francisco Vásquez Coronado sucedió en la Galicia.

Año de
1540.

Ya queda dicho atrás cómo el Lic. Diego Pérez de la Torre, al tiempo de su muerte, dejó nombrado por gobernador al capitán Cristóbal de Oñate, con que se aplacó la pena y sentimiento que todos los españoles tuvieron por la muerte del dicho licenciado, que era bien quisto por su buen gobierno, y mucha cristiandad, y se alegraron mucho de que, ya que Dios les había llevado tan buen gobernador, les dió otro á quien desde el principio conocían bien y tenían por señor y padre, y que sabía la tierra y quien era cada uno.

Compos-
tela.

Siendo ya Oñate gobernador, mandó luego que toda la gente española, que estaba en Tonalán se pasase á la villa de Guadalajara en el puesto de Tlacotlán, á donde permanecía, y habiéndose pasado, hizo matriculalla, y hecho esto, fué á la ciudad de Compostela, y habiendo visto aquella ciudad, costa y provincia, tuvo noticia que los indios de la provincia de los Tecoxines, que son de los de Hostocticpac, andaban malos, y los del valle de Cactlán, que son de la misma nación, y que salían á saltar á los indios de servicio que iban á la ciudad de Compostela, y en ninguna manera los podían resistir, y que no había otro remedio sino pasar la ciudad Compostela de Tepic, á donde estaba, al valle de Cactlán, donde ahora está, que era e

riñón de los Tecoxines, para sujetallos, y así luego lo puso por obra, y este año de 1540, la pasó, quitándola de Santiago de Tepic, donde Nuño de Guzmán la había fundado. Puesta ya allí, la ilustró y pobló muy bien, aunque, como después se dirá, se despobló mucho con la venida de la primera Audiencia.

Poblada ya, se asentaron las alteraciones de los Tecoxines, y venían á servir á los vecinos de la ciudad, sin que hubiese daños ni muertos. De aquí envió á avisar á la villa de Culiacán, al capitán Tapia, de la muerte del Lic. Diego Pérez de la Torre, y cómo él quedaba en su lugar por gobernador; y luego los de Culiacán le enviaron el parabién de su gobierno, y le dieron noticia de las cosas de allá y del estado en que estaban y de cómo Cristóbal de Tapia hacía su oficio de capitán muy á satisfacción de todos, y así se le confirmó de nuevo. También envió aviso á la villa de la Purificación á Juan Fernández de Híjar, capitán que era de aquella provincia, dándole noticia de la muerte del gobernador y de cómo él quedaba en su lugar, y le confirmó su capitanía, diciendo que tuviese cuidado y recato en todo, y Juan Fernández le envió el parabién y aviso de la paz que había en aquella provincia.

Huayna-
mota.

Hecho todo esto, el gobernador Cristóbal de Oñate determinó venirse á la villa de Guadalajara, y apenas hubo salido de Compostela y llegado á Guadalajara, cuando el capitán Juan de Villalba le envió á decir de Compostela que los indios de Huaynamota y Huasamota habían muerto á Juan de Arce, su encomendero y vecino de la dicha ciudad, y el caso fué de esta manera: que el Juan de Arce tenía su casa en los pueblos de su encomienda, y para su defensa tenía unos lebreros de ayuda, que le guardaban, y queriéndole matar los indios, iban de noche y los perros no los dejaban llegar, y con este achaque no le llevaban de comer ni cosa alguna, con que perecía de hambre: envió á llamar á los caciques y díjoles que cómo no acudían á darle de comer y lo necesario, y dieron por respuesta que de miedo de los perros, y que si no los mataba, no vendrían. Oyendo esto, y no advirtiéndole que los podría atar, por acudir á su petición, los ahorcó, y muertos los perros,

la comida que le trajeron fué venir mucha gente á la casa y matarle, y comerle asado; y luego se alzaron, y de esta manera estuvieron mucho tiempo. Sabida esta nueva por el gobernador, y que faltaba un hombre de tanta suerte, sintiolo mucho. De aquí tomó motivo para alzarse toda la sierra hasta Cuiliacán y hasta Guadalajara, que fué cosa de espanto, por un abuso que tomaron de un baile de un pueblo que se llamaba Tlaxicoringa, en el cual baile ponían un calabozo y bailaban al derredor, y el calabozo entre ellos, y viniendo un viento recio se llevó el calabozo por los aires, y unas viejas hechiceras les dijeron que se alzasen, porque así como el viento había levantado aquel calabozo, con el mismo ímpetu echarían de la tierra á los españoles, y que no dudasen de ello, porque sería cierto, y que entrasen en batalla con los españoles, que estando en ella, vendría un viento y los llevaría de la tierra con gran polvareda, y que no había de quedar español á vida, y estos lo celebraron con grandes bailes y borracheras.

Llegó la nueva de todo y del fuego que se comenzaba á encender, al gobernador Cristóbal de Oñate, que estaba en Guadalajara, y luego que lo supo, escribió al capitán Villalba á Compostela tuviese cuenta con la ciudad, porque temía que los enemigos estarían presto sobre ella, según se iba ensangrentando el alzamiento, y las cosas de la guerra cada día de mal en peor.

Cuando llegó el mensaje del gobernador á Compostela, ya Villalba estaba apercebido, porque casi toda la sierra y valles estaban alzados, porque si no lo estuviera, se llevarán toda la gente de la ciudad y todo cuanto tenían por delante. El gobernador hizo grandes prevenciones para la guerra, y se estuvo á la mira para acudir al reparo donde más conviniese.

Razón
del alza-
miento.

CAPITULO CIV.

En que se trata cómo el P. Fr. Bernardo de Olmos fundó el convento de Xalisco.

Año de
1540.

Funda-
ción del
convento
de Xalis-
co

El P. Fr. Bernardo de Olmos, con parecer de Cristóbal de Oñate, teniente de gobernador y capitán general por Francisco Vásquez Coronado, fundó el convento de Xalisco, teniendo por su compañero al P. Fr. Francisco de Pastrana, religioso lego, el año de 1540, en un pueblo llamado Atemba, al pié de un cerro muy alto, donde estuvo fundado por espacio de cinco ó seis años, y no más; y este bendito religioso y su compañero hicieron la iglesia, y por haber llegado el capitán Cristóbal de Oñate, día de San Juan Bautista, á petición suya le recibieron por patrón. La causa de no haber estado ni permanecido en aquel sitio, fué porque en aquel cerro hay una cueva que tiene tres leguas por debajo de tierra; de la cueva salía una serpiente que tenía el cuerpo muy grueso y con alas y la cola delgada, y por donde pasaba, con la cola hacía un surco como un arado levantando tierra y piedras, y luego se hacía una nube muy negra, que despedía de sí tantos rayos, que quemaba cada año el convento y las personas que en él estaban, y haciendo unos remolinos ó huracanes, levantaba en el aire á las personas que encontraba, y de esta suerte, se consumía mucha gente, por lo cual, el P. Fr. Bernardo de Olmos fué á esta cueva con agua bendita, estola y cruz, y el fiscal y un muchacho, conjuróla y halló la serpiente en la cueva, de estatura disforme, acostada en medio de ella. Llegando el dicho padre, la conjuró de parte de Dios le dijese por qué hacía aquel mal, y respondió que porque toda aquella gente no le sacrificaba ya, y que así se fuese de aquel lugar como gente de quien ya no tenía provecho, que aquel pueblo era su posesión; y así el dicho